

## *Homenaje al Profesor e Historiador Héctor Herrera Cajas*

*Luis Rojas Donat\**

Sentimientos y emociones contradictorias anidan en este momento en mi corazón. Recordar y reflexionar sobre la partida de una persona tan querida, que conocí de cerca y por varios años, hace surgir la tristeza y la alegría.

Inevitablemente volvemos a caer en la cuenta del destino del Hombre, sobre el sentido que tiene la vida y, por supuesto, no podía ser de otro modo, sobre la muerte. Los que deploramos la muerte de don Héctor ¿no parece que en el fondo deploramos nuestra propia condición de mortales? ¿No es acaso la conciencia de nuestra propia situación la que nos aflige al quedarnos solos, sin su compañía, sin sus consejos, sin su amistad? Hay algo de inconsecuencia en estas emociones tan intensas, porque nos alegra el haberlo conocido y disfrutado, sin embargo ahora, sentirlo ausente físicamente para siempre en esta vida, se me figura igual que si uno diera las gracias por la invitación a un banquete y luego de terminado se quejara de tener que levantarse de la mesa. Quienes compartimos con él, hemos tenido la bendición de haberlo conocido y tenido como maestro y amigo, no hemos de quejarnos ahora que ya no está, porque estamos satisfechos de todo cuanto se prodigó por nosotros, como lo hacía él, por entero.

Vayan estas primeras palabras para recordar con alegría a este insigne amigo, con la alegría de que, habiendo nosotros encontrado felicidad junto a su compañía, él, a su vez, disfrutó con nuestra admiración.

Quisiera compartir estos recuerdos de mi querido profesor y amigo, junto a mí también colega y amigo, profesor Alejandro Bancalari Molina, egregio romanista y apasionado defensor, como don Héctor, de la calidad, del estudio y los buenos ambientes universitarios. Y lo hago con todo agrado, porque he encontrado en el profesor Bancalari un estudioso en rigor, severo en la lógica de las ideas, intransigente en la consecuencia que ha de haber entre lo que se piensa y lo que se hace, respetuoso como el que más con las ideas ajenas, aunque defensor acérrimo de las propias, un auténtico universitario y estudioso.

**Presidente de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales (SCEM), Profesor de Historia Medieval y Moderna en la Universidad del Bío-Bío y de Historia del Derecho y las Ideas Políticas en la Universidad San Sebastián.**

Nuestro común amor por la Cultura y la Historia, nos ligan a don Héctor desde situaciones distintas, pero que alcanzada la madurez en el estudio y valoración del pasado, nos juntan y potencian a la hora de la defensa de la Universidad, la Cultura del saber y la responsabilidad porque nuestros alumnos sean siempre algo más de lo que fueron al ingresar a la Universidad. También incluyo en estos recuerdos a mis amigos y confraternos en el discipulado herreriano, José Marín Riveros y Paola Corti Badia. Esto es lo que nos une en la más auténtica tradición universitaria, la que don Héctor defendió siempre, esto es, el ambiente donde se respetan las jerarquías, las auténticas, las basadas en la experiencia, el estudio y el saber. Seguiremos su ejemplo como el más digno modelo.

Le conocí cuando yo llegaba al Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso como estudiante de Bachillerato, contando mis recién cumplidos dieciocho años, como todo estudiante de primer año, expectante de todo cuanto comenzaba a pasar con la vida universitaria, sin claridad en mis potencialidades, sin firmeza en las convicciones, inmaduro en mis conocimientos, temeroso en las decisiones, todo era nuevo e interesante. Además, la lejanía de mi hogar otorgaba a mi situación un sabor doble de permanente nostalgia e inseguridad, pero a la vez de inquietante esperanza por una vida diferente, independiente, abierta al conocimiento y al desempeño profesional.

Venía de una zona provincial huasa, Curicó, en estrecho contacto con lo más rancio de las tradiciones campesinas, el respeto a los valores de la chilenidad, viviendo y sintiendo el terruño y la querencia como todavía se suele vivir en tantos ambientes familiares, en la intimidad de las conversaciones hogareñas y con los amigos, una vida enmarcada en lo privado y la cotidianidad. También, por supuesto, llevaba conmigo las limitaciones de aquella vida provinciana, estrecha de horizontes y huérfana de ambientes cultos, sin perspectiva respecto de las raíces de la vida y la cultura en la que se estaba inmerso. Mi corta existencia había transcurrido al ritmo lento y parsimonioso de las estaciones, de las celebraciones familiares, de las fiestas nacionales, ausente de grandes responsabilidades; el presente era entonces la preocupación más importante y completaba casi toda la rica vivencia cotidiana; el pasado se hallaba alojado en un recóndito espacio, sin duda pequeño, de mis desvelos, no alcanzaba a suscitar ninguna emoción significativa, no adquiría sentido alguno ni cobraba vigencia para mi vida presente. Asimismo, el futuro surgía, como lo hace siempre, acompañado de emociones contradictorias, mezcla de esperanza y de temor, futuro cercano, muy cercano, el de la propia vida personal, el de las realizaciones concretas, pues circunscrito y casi determinado por la provincia y la ciudad, no había ojos ni mirada más lejana, no estaba en mis preocupaciones el destino de la cultura chilena ni menos la de Occidente.

Acompañado de tal bagaje me encontré a fines de marzo de 1978 en mi primera clase universitaria, en el segundo piso de la Casa Central, en una de las salas grandes que en ese tiempo disponía la Universidad Católica de Valparaíso. Entonces habíamos cerca de un centenar de alumnos allí, entre novatos —como yo—, los repitentes y oyentes. Era la primera clase que tenía como alumno universitario, y obviamente, en la algarabía de la espera, oyendo comentarios acerca del profesor Héctor Herrera Cajas, comencé ya a percatarme de que estaría en presencia de un académico importante, quizá hasta temido.

Como provinciano curicano, oriundo de una familia corriente de clase media, protegido en mi condición de hijo menor de entre cinco hermanos, sentía una inmensa sensación de desamparo, me sentía jugándome la existencia futura.

Don Héctor llegó acompañado de tres ayudantes y varios otros muchachos que le conversaban mientras caminaba, y su ingreso a la sala perturbó el clima bullicioso de la espera. Levantáronse todos de sus bancos, preparándose para un saludo que nunca olvidaré. Parecíamos chicos de una rígida escuela inglesa, parados junto al banco en perfecto silencio, esperando el saludo del profesor. A pesar del tiempo transcurrido, puedo describir su aspecto: se veía venerable con su frondosa barba cana, su habitual sombrero que dejaba sobre la mesa, su estatura, por sobre la media, hizo que se vieran sus ojos por encima de todos, su ceño adusto y su mirada traspasaron la sala, dominando todo el ámbito. Exigió, como le habría de ver siempre, que apartaran los bancos en el centro del aula para permitir un pequeño pasillo hasta el fondo de ella. Caminó por él hasta atrás y volvió para mirarnos a todos nuevamente. No se escuchaba palabra alguna. Hasta antes que pronunciara su saludo, me sentí impresionado por este hombre que imponía una solemnidad a la que yo, y creo que la mayoría de los que ingresábamos, no conocíamos. Era una solemnidad sin escenario, sin acompañamientos, puesto que estaba solo adelante, sino que se fundaba en su sola presencia, se fundaba en una autoridad por mi desconocida y que estaba llamado a conocerla a lo largo de los cursos, sus conversaciones, sus estímulos, y por último, en su amistad. Sin duda, esta solemnidad tan venerable y acogedora, impuesta sin reglamentos ni coacción, no la volvería a sentir sino cuando él estaba presente. Era la solemnidad que da la autoridad del saber, que recién entonces comenzaba a conocer y apreciar.

Su saludo, aunque recio, tuvo acogimiento para todos. Su voz fuerte y con carácter tuvo un sello indeleble en mi formación, tanto que puedo sentirla todavía cuando hago memoria casi como oyéndola. Sin embargo, no puedo recordar bien sus primeras ideas, estaba fuertemente impresionado por su voz, la fuerza de las frases, algunas palabras que aún no aprendía, su lento caminar en el pasillo. Habló de lo que significaba haber entrado a la Universidad, a la educación superior. Mi preocupación por mi futuro tuvo una carga aún mayor entonces, pues mi presente adquiriría dimensiones nunca pensadas. Todo mi conocimiento adquirido, del que yo, en mi estrecho círculo provinciano, hacía cierta gala, quedó reducido a poca cosa. En la Universidad aprendería lo que había que aprender, comenzaría a madurar y a hacerme cargo de mi pasado y mi futuro, pero por sobre todo, de mi presente. Gracias a Dios, desde esa primera clase con este distinguido maestro, nunca he dejado de impresionarme con el conocimiento, como él mismo, con su entusiasmo, nos enseñaba; ya llegaría la hora de mi propia reflexión.

En las sucesivas clases comencé a sentir nuevas emociones, no exentas de cierto temor que hoy creo era inseguridad. Esas primeras lecciones fueron para mi algo que pocas veces he podido sentir; no era sólo la conciencia clara de mi pequeñez, sino que el pasado surgía vivo desde su lejanía, reviviendo en mi espíritu; una verdadera aventura en la que yo sentía que el conocimiento presentaba una dimensión de actualidad y de vigencia nunca percibido; el pasado anecdótico y cronológico se trastrocaba para adquirir las características de un pasado lleno de problemas, a los cuales había que dar respuesta.

Hasta entonces nunca había tenido conciencia de que el estudio de la historia comprometiera tantas cosas, incluso uno mismo.

Y debo reconocer de que, en más de una ocasión, tuve la sensación de no haber entendido casi nada de lo planteado. Pero era yo el distraído, que me quedaba embelesado por la forma en que don Héctor hacía surgir el pasado a través de las palabras, sus conexiones semánticas, sus proyecciones lingüísticas e históricas, que mis apuntes, frecuentemente, registraban esta parte y no la línea central de su exposición. Tengo la impresión de que ya entonces, la semilla del estudio de la lengua latina, que en forma autodidacta comencé el año siguiente, había caído en campo abonado. Después, don Héctor, como lo haría frecuentemente con muchos alumnos que él visualizaba interesados, me impuso la obligación de llegar a leer en los principales idiomas occidentales. Constituían para él no sólo herramientas indispensables para alcanzar un buen nivel de conocimientos, sino que también formaban parte del bagaje intelectual de un hombre culto, abierto a la diversidad y la universalidad de la cultura occidental. ¡Cómo no recordar este legado inapreciable de un maestro generoso!

Después la vida universitaria nos separó físicamente al venirme al sur, a otra zona huasa. Sin embargo, nunca perdimos el contacto, tanto porque yo mismo me resistía a alejarme de aquel ambiente fecundo y nutricional de la academia formadora, como porque don Héctor, como un auténtico maestro, no dejaba de estimular y apoyar mis inquietudes. En medio de las grandes responsabilidades que le tocó asumir, plagadas de compromisos y falto de tiempo, se procuraba ciertos espacios para velar porque la buena senda no se apartase de sus discípulos. Había, según él, una tarea formadora en provincia que era necesario abordarla con responsabilidad, probablemente con frutos más fecundos que en la capital. Él era también provinciano, a toda honra, y comprendía bien el imperativo de hacer que la cultura llegase a todo Chile. Por eso, creo, estuvo siempre cuando le necesité, y tantas veces, porque todos hemos necesitado en nuestra vida, y lo seguiremos necesitando, de palabras de esperanza cuando el presente se nos muestra preocupante y el futuro sombrío. Necesarias son las conversaciones fecundas de donde surge la verdad de la vida personal y la histórica; necesarios son los estímulos para llegar a comprender que el devenir humano tiene un sentido, por muy extraños y desconcertantes que a veces nos puedan parecer los acontecimientos del presente; necesario y urgente es abrir el conocimiento a la realidad inconmensurable que significa el misterio de la vida; en un mundo en que se relativiza la moral, necesario y siempre necesario, es fortificar las convicciones en los valores imperecederos de la lealtad, la fidelidad, la palabra comprometida, en definitiva, el honor. Y esto, porque siempre fue una verdad lo que dijeron de él, tanto los que discreparon duramente con sus ideas como aquellos que compartíamos, en buena medida, su pensamiento: era un auténtico caballero. En varias ocasiones me dijo, nada hay seguro en este mundo sin compromiso, ni puede fundarse una vida académica sin él, y por supuesto, tampoco un hogar. Los compromisos comprometen el honor, que es lo único verdadero que llevamos en esta vida, es lo que vamos construyendo día a día, con nuestras honestas acciones, por muy pequeñas e imperfectas que puedan parecernos, ya que, como le escuché insistentemente, no hay hacer

insignificante en el hacer bien hecho. Todas nuestras imperfecciones, debido a la debilidad de la naturaleza humana, quedan sublimadas cuando se actúa rectamente y con voluntad honesta. No era necesario que lo dijera, porque sus acciones testimoniaban siempre su rectitud, pero sin lugar a dudas, sus palabras cobraban autoridad por sí mismas. Nunca podré olvidar sus consejos en este sentido, puesto que adquirían las dimensiones de verdaderas sentencias. Todos quienes le conocieron pueden dar fe de lo que digo. ¡Qué valioso legado corroborado en los hechos! ¡Ejemplo de vida coherente!

Pero no se prodigó sólo con los discípulos que alcanzaron la universidad. En más de una ocasión, aquí en Chillán, con motivo de los diferentes encuentros que en las áreas de Historia Antigua como Medieval organizó el Departamento, Don Héctor se apartó algún día para tener contacto directo con un grupo de alumnos, tal si fueran sus iguales, pues les invitaba él a cenar. Allí departía con ellos con el fin de animarles en el crecimiento intelectual y personal, con ese entusiasmo que él sabía transmitir, especialmente valioso en un mundo en que la crítica mordaz y el escepticismo se apoderan del más tierno retoño. Gustaba también del debate limpio y franco con aquellos que no compartían su pensamiento, particularmente, los inclinados a las ideas marxistas o simplemente los anticatólicos. Nunca hizo proselitismo político ni religioso, presentaba con valentía sus convicciones y sus ideas, respetando las ajenas hasta el punto de que, es sabido, que tuvo alguna vez entre sus ayudantes a marxistas y se cuentan entre sus discípulos a protestantes. Es que don Héctor respetaba profundamente a la persona humana, valoraba la avidez de conocimiento, detestaba la mediocridad, la desidia y la falta de calidad. Ha dejado, pues, huella indeleble —buena huella— en muchas generaciones, las anteriores a mí, la mía y las que vendrán ¡Qué digno y excelso ejemplo de maestro nos ha dejado! Cada uno de nosotros, educadores en la cultura, habrá de imitar este hermoso ejemplo de acuerdo con su carácter y temperamento, porque uno de los factores verdaderamente decisivos de la Educación es la imitación: se aprecia la cultura y se aspira a ser culto cuando tenemos la bendición de conocer a un hombre culto.

Don Héctor estuvo vinculado a Chillán desde mi contrato en marzo de 1985 al entonces Instituto profesional de Chillán. Como a otros discípulos, también se preocupó de mi propia situación como académico recién incorporado a la tarea formadora. El contacto con las personas y la confianza en que las tareas pequeñas pero bien hechas eran, a la larga, grandes logros, le animaban a entrar en comunicación casi permanente con aquellos profesionales iniciales para apoyarlos en la tarea que emprendían, siempre algo huérfana cuando se comienza. Sus consejos, siempre oportunos y cargados las más de las veces, de una convicción indubitable de la voluntad divina, estaban acompañados de aquella certeza de que en nuestro libre albedrío se nos depositaba una tarea de enormes e insospechadas responsabilidades, no sin la confianza en que habíamos sido bien formados, que contábamos con los conocimientos en las materias que habían de ser motivo de preocupación. Importantes, sin duda, debían ser los datos y hechos que había que enseñar, pero don Héctor me inculcó que poco o ningún sentido podían llegar a tener

aquellos conocimientos objetivos respecto de los hechos del pasado, si éstos no adquirían en los alumnos la dimensión de un presente complejo; la Historia del Hombre debía surgir como un peregrinaje difícil, pleno de problemas a los cuales era necesario hallar solución. Sólo así podía tenerse la certeza de que la Historia pudiera interesar, cuando los hechos pretéritos llegaran a convertirse en problemas contemporáneos con los cuales dialogar y establecer vinculaciones, sólo así el estudio de la Historia cobraría sentido. La Historia como una preocupación de vida, un inmenso campo fecundo donde encontrar las fuentes que permiten beber la esencia de la vida humana, en definitiva, recuperar desde ese pasado, a veces muy lejano, los valores con los que se ha formado la cultura de Occidente, y también, por lo mismo, la nuestra. La Historia como formadora de valores era para don Héctor el imperativo de la tarea educativa del profesor de Historia. No puedo sino emocionarme al recordar esta dimensión excelsa de un maestro de verdad, generoso en ideas y proyectos, fecundo en intuiciones a las que dejaba fluir espontáneamente.

Era un chileno de corazón, de aquellos que, como muchos de nuestros héroes, podrían ser capaces de entregar la vida en defensa de la identidad nacional, de los valores nacionales. Desde su posición como intelectual hacía fervorosas defensas de todas las tradiciones auténticamente chilenas. Era incansable e intransigente en señalar que en medio de este mundo arrollador por la técnica y las modas, había que aferrarse a todo aquello que constituía el patrimonio cultural de Chile. Tal vez como era hombre universal y por ello, gran conocedor de tradiciones extranjeras, consideraba que aquellos valores inherentes a la chilenidad había que respetarlos hasta el final. Y era verdad que conocía otras tradiciones, porque era ávido lector, de mirada penetrante y reflexiva. Algunas las había conocido directamente en sus viajes a Europa. Pero su bagaje intelectual no se basaba en la experiencia de la mirada directa *in situ*, porque en verdad, para sus años, había viajado poco. Pero esto no restaba peso a sus opiniones porque su autoridad intelectual era la auténtica, aquella que conocía bien y de la que, con toda razón, sentía orgullo, es decir, la del conocimiento de la Historia. Descartando toda la inmensa herencia greco-romana que conocía como pocos, tanto en su vertiente occidental como también el horizonte bizantino, su espíritu se abría hacia el fondo histórico-cultural germánico, amplísimo y diverso, y desde éste, había llegado a interesarse en el mundo indio, conectado con el Occidente a través del sustrato indoeuropeo. A todos estos campos culturales no llegó como turista, digamos, como un diletante, universal pero a la vez, superficial. Esta actitud era precisamente la que más le escuché aborrecer. Desde joven sintió que estaba llamado a apreciar las cosas y los hombres, desde ellos mismos, es decir, desde su propia manera de nombrar las cosas, desde la lengua. A esto se debía que supiera varias: leía fluidamente inglés, francés, italiano, portugués, alemán, porque sabía, a su vez, leer latín, griego y sánscrito; éste último, el antiguo y sagrado idioma indio, emparentado con las lenguas occidentales en el nivel ario, le servía para conocer las viejas y venerables tradiciones religiosas de la India.

Estaba, pues, en condiciones de hablar con toda autoridad sobre religión, sobre historia de las religiones, otra de sus grandes pasiones. Conocedor fervoroso de la tradición cristiana,

desde los albores del mundo hebraico, pasando por la historia de la liturgia, el legado inapreciables de los primeros padres de la Iglesia. Con todo este cúmulo de conocimientos raro hubiese sido que no afincara una fe inquebrantable, la cual demostró en todo momento de su vida. Recuerdo con suma claridad, las incontables veces en que frente a un problema insoluble, especialmente complicado y peligroso, insistía en que no había más remedio que rezar. ¡Cuántas veces hemos estado cada uno de nosotros frente a situaciones límites! "Lucho, no queda más que rezar", me dijo en un momento decisivo de mi vida personal. Esta dimensión de la figura de don Héctor me provocó siempre una profunda admiración, me sentía pequeño y débil ante un intelectual recio, enérgico y convincente, de tanto carácter y personalidad poderosa, casi avasalladora. Sin embargo, era dócil ante la mirada de Dios, sensible ante los inescrutables designios divinos. Su vida personal, como también la Historia de la humanidad, estaban envueltas en la Providencia. ¿Qué semilla más fecunda puede pedir un discípulo a su maestro?

Finalmente, quiero compartir con los presentes una conversación muy íntima que el año pasado tuvimos Don Héctor y yo, en medio de los hermosos paisajes campesinos de la zona que le vio nacer y que tanto amaba. Dicha conversación, iniciada en temas diversos y libres, fue derivando hacia lo profundo del ser humano, como ocurrió en varias ocasiones en las que se sentía a gusto y en confianza. Reconfortante fue siempre para mí, que me consideré su amigo, saber que podía hablar libremente sobre aspectos de su pensamiento y de su vida, sin estar midiendo las palabras y los compromisos que ellas llevaban implícitas: me consideró su amigo, y de ello me siento orgulloso.

Sin entrar en infidencias de amigos, me atreví a formularle la difícil pregunta que tantas veces había querido hacerle, pero que casi siempre evitamos: ¿Qué va a ocurrir conmigo cuando Ud. ya no esté?... Se sonrió mirándome extrañado por esta interrogación, digamos, escatológica. Con la seguridad del maestro señaló que esperaba la reacción natural del ser humano ante la despedida, la tristeza de la separación y la incertidumbre de una nueva etapa. Pero junto a este sentimiento, debía primar la alegría de habernos conocido y la sensación del deber cumplido mutuamente: él, habiéndome entregado lo mejor de sí, formándose como académico, y yo ejerciendo la docencia y la investigación en la Universidad. Respecto de mí, como alumno, se sentía con el deber cumplido; pero desde mi condición de alumno, llegué con el tiempo a ser su amigo, y ello explica que siguiéramos vinculados con afecto entrañable hasta sus últimos momentos. Me ha costado más de lo que yo creía apagar la tristeza por su partida y hacer primar la alegría de haberle conocido y de sentir que he cumplido con el compromiso.

Quiera Dios que estos recuerdos personales, que estoy seguro representan la experiencia compartida por muchos otros discípulos repartidos a lo largo de Chile, sean un digno y merecido homenaje póstumo a un profesor egregio, amigo entrañable y maestro de la verdad trascendente.